



# La flor azul



Penelope Fitzgerald

Traducción del inglés a cargo de  
Fernando Borrajo

Postfacio a cargo de  
Terence Dooley



IMPEDIMENTA



Título original: *The Blue Flower*

Primera edición en Impedimenta: enero de 2014

Originally published in the English language by HarperCollins Publishers Ltd.  
under the title *The Blue Flower*

© Penelope Fitzgerald, 1996

Copyright de la traducción © Fernando Borrajo Castanedo, 1998

Copyright del postfacio © Terence Dooley, 2014

Copyright de la traducción del postfacio © Pilar Adón, 2014

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2014

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

ISBN: 978-84-15979-10-4

Depósito Legal: M-36548-2013

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## NOTA DE LA AUTORA

Esta novela está basada en la vida de Friedrich von Hardenberg (1772–1801) antes de hacerse famoso con el nombre de Novalis. Toda su obra, las cartas que escribió y las que le enviaron, los diarios y los documentos públicos y privados fueron publicados en cinco volúmenes por W. Kohlhammer Verlag entre 1960 y 1988. Sus editores fueron Richard Samuel y Paul Kluckhohn, y quisiera expresar la deuda que tengo con ellos.

La descripción de una operación sin anestesia ha sido tomada, en su mayor parte, de la carta de Fanny d'Arblay a su hermana Esther Burney, fechada el 30 de septiembre de 1811, donde le describe su operación de mastectomía.



*Las novelas surgen de las carencias de la historia.*

F. VON HARDENBERG (NOVALIS)  
*Fragmente und Studien, 1799–1800*



## EL DÍA DE LA COLADA

Jacob Dietmahler no era tan despistado como para no darse cuenta de que habían llegado a la casa de su amigo el día de la colada. No deberían haber llegado a ninguna parte, por lo menos no a esa enorme casa, la tercera más grande de Weissenfels, en un momento como aquel. La madre de Dietmahler supervisaba la colada tres veces al año, lo que significa que en la casa solo había ropa blanca para cuatro meses. Él tenía ochenta y nueve camisas, ni una más. Pero en la casa de los Hardenberg, en Kloster Gasse, la lluvia de sábanas, fundas de almohadas y cabezales, chalecos, corpiños y leotardos que caía al patio desde las ventanas superiores, siendo recogida en unos cestos enormes por circunspectos criados y criadas, mostraba a las claras que aquí solo se lavaba una vez al año. Esto tal vez no fuera un signo de riqueza, de hecho, él sabía que en este caso no lo era, pero constituía una señal de prestigio. Y también de que se trataba de una familia

numerosa. La ropa interior de los niños y de los jóvenes, así como las prendas de los mayores, aleteaba en el aire azul, como si los propios niños hubieran alzado el vuelo.

—Fritz, me temo que has elegido un mal momento para traerme aquí. Tendrías que habérmelo dicho. Aquí me tienes, un desconocido para tu honorable familia, hundido hasta las rodillas en vuestros calzones.

—¿Cómo quieres que sepa cuándo van a lavar? —dijo Fritz—. De todos modos, tú eres bienvenido en cualquier momento.

—El barón está pisoteando la ropa —dijo el ama de llaves, asomándose a una de las ventanas del primer piso.

—Fritz, ¿cuántos sois en tu familia? —preguntó Dietmahler—. ¿Tantas cosas? —De repente exclamó—: ¡El concepto de cosa no existe en sí mismo!

Fritz, atravesando el patio delante de su amigo, se detuvo, miró a su alrededor y gritó con voz autoritaria:

—¡Señores! ¡Miren ese cesto de la ropa! ¡Piensen en el cesto de la ropa! ¡Han pensado en él? ¡Ahora, señores, piensen en cómo han pensado en el cesto de la ropa!

Los perros comenzaron a ladrar dentro de la casa. Fritz llamó a uno de los criados que sujetaban los cestos:

—¿Están en casa mi padre y mi madre?

La pregunta era innecesaria, pues su madre siempre estaba en casa. En ese momento salieron al patio un joven bajito, de apariencia inmadura, y una niña rubia.

—Bueno, por lo menos están aquí mi hermano Erasmus y mi hermana Sidonie. Mientras estén ellos, no necesitamos nada más.

Ambos se abalanzaron sobre Fritz.

—¿Cuántos sois en total? —volvió a preguntar Dietmahler. Sidonie le dio la mano y sonrió.

«Aquí, en medio de la mantelería, me perturba la presencia de la hermana pequeña de Fritz Hardenberg», pensó Dietmahler. «Esta es una de las cosas que quería evitar.»

—Karl estará por algún lado, y Anton, y Bernhard, pero somos muchos más —dijo Sidonie. Dentro de la casa, como si contara menos que las sombras, se encontraba la baronesa von Hardenberg.

—Madre —dijo Fritz—, este es Jacob Dietmahler, que estudió en Jena conmigo y con Erasmus y ahora es profesor adjunto de medicina.

—Todavía no —dijo Dietmahler—, aunque espero serlo pronto.

—Ya sabes que he estado en Jena para visitar a mis amigos —prosiguió Fritz—. El caso es que lo he invitado a pasar unos días con nosotros.

La baronesa lo miró aterrada, como un animal en peligro.

—Dietmahler necesita un poco de coñac, aunque solo sea para mantenerlo despierto durante unas horas.

—¿No se encuentra bien? —preguntó la baronesa con consternación—. Avisaré al ama de llaves.

—No hace falta —dijo Erasmus—. Tendrás tus propias llaves del comedor, supongo.

—Claro que sí —dijo la baronesa, mirándolo de modo suplicante.

—No, las tengo yo —dijo Sidonie—. Las tengo desde que se casó mi hermana. Os llevaré a la despensa, no os preocupéis.

La baronesa, serenándose, dio la bienvenida al amigo de su hijo.

—Mi marido no puede recibirte ahora; está rezando.

Aliviada de que todo hubiera pasado, la baronesa no los acompañó en su recorrido por las lóbregas habitaciones y pasillos, repletos de muebles viejos. En las paredes de color ciruela había rectángulos descoloridos en los lugares que antaño debieron de ocupar los cuadros. Una vez en la despensa, Sidonie sirvió el coñac y Erasmus propuso un brindis por Jena.

—*Stosst an! Jena lebe hoch! Hurra!*

—No sé bien a qué viene lo del «hurra» —dijo Sidonie—. Jena es la ciudad donde Fritz y Asmus tiraban el dinero, cogían piojos y escuchaban las tonterías de los filósofos.

Entregó las llaves de la despensa a sus hermanos y volvió junto a su madre, que estaba en el mismo lugar donde la habían dejado, contemplando los preparativos de la gran colada.

—Madre, me gustaría que me confiaras algo de dinero, cinco o seis táleros para organizar la estancia de nuestro invitado.

—¿Qué es lo que hay que organizar, cariño? Ya hay una cama en el dormitorio que va a ocupar.

—Sí, pero los criados guardan las velas allí y leen la Biblia durante su hora libre.

—Pero cariño, ¿a qué va a ir ese joven a su dormitorio durante el día?

Sidonie repuso que a lo mejor le apetecía escribir.

—¿Escribir? —repitió su madre, desconcertada.

—Sí, y para ello necesitará una mesa. —Sidonie aprovechó la ocasión—. Y, si quiere lavarse, también necesitará una jarra de agua y una palangana, sí, y un cubo para el agua sucia.

—Pero Sidonie, ¿te crees que no va a saber lavarse con la bomba? Todos tus hermanos se lavan así.

—Y tampoco hay sillas en el dormitorio, para que pueda dejar la ropa por la noche.

—¡La ropa! Todavía hace demasiado frío como para desnudarse por la noche. Yo no me desnudo por la noche, ni siquiera en verano, desde hace por lo menos doce años.

—¡Y has tenido ocho hijos! —exclamó Sidonie—. ¡Líbreme Dios de un matrimonio como el tuyo!

La baronesa apenas le hizo caso.

—Además, hay otra cosa en la que no has pensado: tu padre puede alzar la voz.

Esto no inquietó a Sidonie.

—Dietmahler tiene que acostumbrarse a mi padre y amoldarse a nuestros hábitos; si no, que haga las maletas y se vuelva a su casa.

—Pero en ese caso, ¿no puede acostumbrarse también a nuestras habitaciones de invitados? Fritz debería haberle dicho que somos muy austeros y piadosos.

—¿Qué tiene que ver la piedad con un cubo para el agua sucia? —preguntó Sidonie.

—¿Qué palabras son esas? ¿Acaso te avergüenzas de tu familia, Sidonie?

—Sí.

Tenía quince años y era muy apasionada. La impaciencia, convertida en energía espiritual, era una característica de todos los hermanos Hardenberg. Fritz quería llevar a su amigo al río para pasear por el camino de sirga y hablar de poesía y de la vocación del hombre.

—Esto podríamos hacerlo en cualquier parte —dijo Dietmahler.

—Pero quiero que veas mi casa —respondió Fritz—. Es antigua, todos somos anticuados en Weissenfels, pero tenemos paz; el lugar es *heimisch*.

Uno de los criados que habían estado en el patio, vestido ahora con un abrigo oscuro de paño, se presentó en la puerta y anunció que al señor le gustaría ver al invitado en el estudio, antes de cenar.

—El viejo zorro está en su guarida —exclamó Erasmus.

Dietmahler se sintió incómodo.

—Será un honor para mí conocer a tu padre —le dijo a Fritz.